

mi
pantalón
de
verano



PANTALON

Petronio

un pantalón de artesanía

con la garantía de

MANUFACTURAS PETRONIUS, S. L.

Barcelona

TEATRO

PREMIO ARNICHES

A CABO de leer las 118 obras que se presentaron al Premio Carlos Arniches. Ha sido una especie de chapuzón muy concreto en ese mundo que llamamos de los autores "noveles", y que, en realidad, está integrado por "aspirantes" a autores. Es una experiencia tan fatigosa como interesante, porque a través de ella obtenemos una visión muy precisa de una "situación" general; nos asomamos a esa línea de contacto, nada afectada por la profesionalidad, entre el hombre y el teatro, entre lo que el teatro puede ser y lo que esperan de él una serie de españoles que quisieran incorporarse a su mundo como autores.

Es, por ejemplo, muy significativa la diferencia que hay entre los autores de cierta juventud y los maduros. Los primeros se mueven dentro del inconformismo, apuntando hacia unos u otros objetivos: la oficina, la familia, los abusos de poder, etc., mientras los segundos suelen prestar mayor atención a las acciones sentimentales, a la relación afectiva de los personajes. Uno, cuando lee la obra, ignora quién es el autor. Pero, apenas pasadas las primeras líneas, la impresión queda fijada. El autor se dibuja como un hombre con ganas de decir cosas —y entonces nos parece joven—, o con el simple prurito de decir algo con cierta corrección formal, y entonces nos parece ya viejo. Esto es, quizá, un prejuicio, y, seguramente, de conocer después a los autores, nos llevaríamos alguna sorpresa. Pero estoy seguro de que sería la excepción de una regla que encuentra confirmaciones reiteradas.

Otra característica de estos Premios es la falta de comedias. Al español le interesa el teatro —a la hora de escribirlo— en cuanto posibilidad de abordar un conflicto. De las 118 obras presentadas, más de 100 eran dramáticas —utilizando la terminología usual— y, desde luego, en esta categoría se encontraban las más estimables. Las escasas comedias que concurren eran, salvo alguna excepción, detestables y toscas.

Sólo un autor mandó obras en verso y sólo otro incluyó cantables. Dominó, absolutamente, el criticismo costumbrista, al modo de Arniches, aunque, naturalmente, nadie mandó una pieza comparable a "Los caciques". No faltaron tampoco algunos títulos encuadrados dentro del "teatro de vanguardia", pero tan miméticos, tan dentro de la fórmula —aun terminológica— de "Esperando a Godot", que sonaban a distorsión de un texto ya conocido.

A la final llegaron cuatro títulos: uno, bastante insólito, titulado "El camaleón", escenificación de una etapa de la historia romana; otro, "Aquel verano", honrado y frustrado esfuerzo por escoger unas situaciones del 36; "Los mendigos", drama sobre el mundo de La Oficina; y "Paquita", un sainete crítico bien hecho, que sería el que se llevaría el Premio tras largas deliberaciones. Su autor resultaría Pedro Gil Paradela, que figura desde ahora en la lista de los "autores con Premio", de los autores que deben estrenar.

De toda esta masa heterogénea de dramas, lo más significativo sea acaso la falta media de personalidad, la abundancia de autores que "hacían literatura", que escribían tras los pasos, casi siempre adivinables, de algún autor. El mundo español —el político, el erótico, el económico, etc.— aparecía, en general, trivializado, puesto a un nivel de comprensión infantil. El esquematismo, en unos y otros temas, desde unas u otras posturas ideológicas, llegaba a ser abrumador.

Este último aspecto es acaso el más importante y oscuro del concurso. Hay un inquietante infantilismo, un sabor de "ejercicio escolar" en los más, que, por darse en tantos escritores, parece dar el índice de una ingenuidad casi masiva, en consonancia, la verdad, con una serie de manifestaciones y resortes de nuestro contexto. Un Premio como el Arniches —sin duda, uno de los más importantes de España— sirve para ponernos a todos a prueba, saliendo de él con ganas de preguntar a los escritores por qué no son más sinceros, por qué nuestra problemática no es más madura y menos sentimental.

Sería importante, pienso yo, que cada Premio, además de dar un vencedor, nos diera una crítica del nivel general, de los pros y contras, para que, además de un estreno y una cantidad en metálico, ofreciera una orientación y una guía a los que concurren. ¿Por qué no exigir, por ejemplo, que todas las obras rechazadas fuesen acompañadas de una crítica firmada por el miembro del Jurado que la eliminó? Esto sería complicar las cosas, pero quizá deba ensayarse el sacar a los concursos de su simplicidad actual, de su limitado beneficio para un solo autor.

JOSE MONLEON